

RECUERDO DE UN VIAJE

Por ESTHER LÓRIZ

¡Alláh benní, Xauen! (¡Adiós, Xauen!)

ABDELKÁDER, no vayas tan deprisa, yo no puedo seguirte. Tus grandes, negros y fuertes pies desnudos llevan ventaja y seguridad sobre los míos, calzados con absurdos zapatos europeos. Bajas la ladera, tan pendiente, con la misma facilidad que si se tratase de un suave prado; en cambio, mi pecho apenas puede abarcar tanta fatiga. Escucha, escúchame. Detente, descansemos un poco.

Y, ¿por qué no me dices nada? No haces más que sonreír, sonreír con tu gran sonrisa blanca.

Me aturde, además, el constante y fuerte rumor del manantial, cada vez más cercano. Y me atemoriza: sé que, si resbalo, iré a caer en él, en sus aguas clarísimas, pero demasiado profundas para poder luchar con ellas. No tienes compasión de mí: de mi flaqueza, de mi miedo...

Ya sé que fuí yo quien quiso subir al morabito. ¡Se veía tan lindo, desde abajo, aposentado arriba, en la montaña, como una gaviota gris y blanca, en la cima de una ola! Pero no sabía que el camino fuera tan difícil sin ser ayudada por ti, como a la subida. No imaginé que te ibas a enfadar conmigo. Que te ofendiera tanto que cantase fuerte, y luego bajito, dentro de la mezquita abandonada. Lo hice sin intención. Era para ver cómo resonaba en las paredes y la fuentecilla. Y fué muy bonito. Y a ti no te gustó porque creíste que me burlaba de Alláh. No, no; lo hice sin intención, sólo por ver cómo resonaba.

¿Me crees, Abdelkáder? No me mires así: son demasiado negros tus ojos. Tus ojos que, otras veces, me parecieron leales; pero que, ahora, los veo brillantes de rencor.

Imperturbable sigues adelante sin querer oírme. Y yo ya voy dejándome abandonar al vértigo y al cansancio. Y me parece que el viento me empuja y el agua, allá abajo, me llama.

Voy a descalzarme y, así, quizá pueda seguirte. Y si corro, si corro mucho, te adelantaré y llegaré antes que tú y lavaré mis pies, que sangrarán, en el manantial.

¿Ves? Ya no tengo miedo ni me importa dañarme con los guijarros.

¡Adiós, adiós, Abdelkáder! Mira: aquellas flores amarillas se llaman zapatitos de la reina.

Quizá sonrías también ahora; pero yo no te veo: te has quedado atrás, muy atrás. ¡Adiós, adiós...!

* * *

En aquella loca carrera, monte abajo, ayudada por el viento, mi único y verdadero temor era el final. Pero el final fué un suspiro. Que siempre es un suspiro el despertar de una pesadilla.

La habitación estaba fría y húmeda: había penetrado la noche de la montaña por la ventana abierta y había dejado su huella. Y también el ruido del agua que corría a los pies de la casa y que había servido de música de fondo a mi sueño.

Sentí deseos de contemplar los parajes de mi aventura nocturna y, tiritando, me asomé: justo en frente la montaña y, encaramada en su cumbre, la mezquita. Recorrí el camino con la vista y se me hizo familiar. Mechones de niebla, desgajados del gris común, vagaban perezosísimamente y recordé que, cuando resbalaba, me había agarrado a uno de ellos. Y su tacto fué semejante al de la crujiente seda de una enorme tela de araña. Aún me estremecí al recuerdo de la sensación.

Abajo, el manantial era tan claro como había soñado, aunque no tan profundo como exageró mi temor.

En fin, la realidad era que aquel día nos despedíamos de Xauen, la más bonita ciudad marroquí. La santa, la aristócrata. La que fundaron los refugiados de Granada. Aquí enterraron su dolor aquellos cuyos descendientes aún llevan babuchas negras en señal de duelo por la pérdida de sus amadas vegas.

Volví a recorrer con mi, de nuevo humilde, guía todas sus calles, casi todos sus rincones.

El zoco estaba exactamente igual que la tarde anterior: las mujeres y los niños sentados, con las piernas cruzadas, ante unas graciosas, por lo miserables, mercancías; y los hombres, todavía más indolentes, recostados, apoyando todo el peso de sus cuerpos en un brazo. Y sus rostros, serenos y graves, hacían creer en profundos pensamientos filosóficos. Cuando, seguramente, no harían más que seguir los vuelos lentos, aunque inseguros, de la libélula de la ensoñación.

Que eran las diez de la mañana se hacía notar, aparte del ambiente fresco y como nuevo, en el movimiento de los tenduchos donde se vendía la carne. El ruido de las cuchillas, al caer sobre los huesos de las reses, tenía su ritmo árabe, acompasado y lento. O, al menos, a mí me lo parecía.

Hoy era día de mercado y había más vendedores que de costumbre: hombres y mujeres que habían venido de los poblados cercanos a vender una bandeja con sus utensilios para el té, o un cinturón de novia sobadísimo o una increíblemente vieja petaca de guardar kiff. Con el producto de la venta ellos comprarán, a su vez, una tela descolorida o, quizá, unos tomates putrefactos.

Guardamos para la tarde, para esas horas turbadoras después que el sol se ha ido, el saborear la parte alta de la ciudad; la verdadera Xauen que sube, hasta donde puede, por la ladera de la montaña, agarrándose a ella con sus escalones de piedra.

En aquel deambular perezoso, indolente, yendo del barrio moro al judío, bajando y subiendo varias veces, quizá, por los mismos sitios, sintiendo siempre sobre mí la presencia de las montañas, mareada completamente por el penetrante aroma de lo sentido y lo presentido, fuí a caer, más que a sentarme, en uno de los banquitos de madera ante el garito de un comerciante. Delante de la puerta, en arco, único hueco de estos tenduchos, hay un poyo alargado de piedra que salva un tanto el desnivel. Y allí, en el poyo, uno a cada lado, uno frente al otro, los bancos de madera para el cliente o el contertulio.

Mis ojos miraban todos los raros objetos que mi deseo ensoñador apetecía y de los que Hamido era el feliz, a mi modo de ver, poseedor. Aquella arqueta de ébano taraceada de metales preciosos, capaz y digna de encerrar un pedacito de la luna de Xauen, que yo me quería llevar. Cueros multicolores y cueros repujados. Teteras y potes para el té de plata labrada, cuyas formas, tan graciosas, me hacían como adivinar, y no sé por qué, la intimidad familiar tras aquellas dos

ventanitas gemelas, únicas abiertas en todo un muro de piedra, de aquella casa que tenía a mi derecha, medio escondiéndose en un recodo de la calle.

Tenía también Hamido, que ya era mi amigo, manos de Fátima de madera negra con el puño y adornos de sus torneados dedos en marfil. Eran amuletos y tenían virtud de librar de muchísimas cosas malas, según me instruía mi vendedor. Si yo me llevaba una, ¿me salvaría a mí de ese gusanillo roedor y peligroso de mi imaginación? Eso... eso no lo sabía él.

Yo le hacía bajar de sus estanterías, verdaderas alacenas aprovechando los huecos de la piedra, más y más cosas que se iban amontonando frente a mí. Y él que, en este contraluz, era como un fantasma grande, barbudo y vestido con chilaba, y que estaba sentado en el suelo, sobre una esterilla, con las piernas cruzadas, estiraba mucho el brazo para alcanzarlas, pero sin ponerse ni una sola vez de pie.

Por fin, me decidí (tenía que hacerlo por alguna cosa) por la cajita de ébano.

El muy ladino me pedía un precio exagerado. «Es mucho dinero» —le decía yo—. Pero él aseguraba que ganaría más no vendiéndomela.

Mientras discutíamos, en voz casi baja, Hamido fumaba kiff y trabajaba con su macito una piel. De vez en cuando sorbía un poco de té que tenía en un vaso muy sucio.

A mí me daba lo mismo que me rebajase o no la caja: perfectamente compenetrada con el ambiente, machaconamente, le quería convencer; pero ya para mí no era un interés, sino un medio para alargar aquello. Tenía verdadera pereza psíquica de salir de allí. Además, con respecto a la calle, me encontraba como en un palco proscenio y, así, veía pasar y pasar a aquellos fantasmas grandes y a los pequeños, a los blancos y a los grises que iban de una parte a otra sin equivocarse, como yo, en aquellas callejuelas todas iguales.

En los últimos momentos, en que anoecía, ni él ni yo hablábamos. Nos habíamos perdido en nuestros pensamientos y a mí casi me habían adormecido los golpes de su macito y el ruido que, al arrastrar las babuchas, hacía la gente por la calle. Me costó un esfuerzo sustraerme a aquella especie de hechizo y volví a hablar, sin fuerzas, sobre el precio de la caja de madera negra. El estado de ánimo del musulmán debía de ser parecido al mío, porque me dió lo que quise y como quise.

Era tan de noche ahora que caminé, casi extraviada, hacia donde todo esto no sería más que un recuerdo.

La diana de la realidad fué el claxon del autobús que llamaba a los rezagados.

Y nos decían adiós gentes conocidas de los días que, sin embargo, tardaríamos toda la vida en olvidar: Dris, Abdelkáder.

¡Adiós, adiós, Xauen! ¡Alláh henní, Xauen! La de las casitas azules y los tejados rojos; la de las altas montañas con cabellera de niebla, la patria de Dios, el oriundo de Granada, el que nos enseñó a bailar el «Alláh susí». ¡Adiós!

Por el camino íbamos encontrando campesinos que a pie, o en escuálidos borriquillos, se dirigían a la ciudad: hoy era día de mercado. Nos miraban, se volvían en redondo para seguirnos un trecho con la vista y, quizá, nos envidiaban. Y yo me hubiera cambiado por aquella morita del «haití» sucio que con un paló pegaba suavemente al cochinitillo que conducía y que no hizo el menor caso de nuestro ruidoso pasar.

Hacia el Norte empezó a llover y mi corazón añorante murmuró fiel: ¡Alláh henní, Xauen!

